

# **Cooperación al Desarrollo y nuevo orden mundial humanitario.**

Santiago González Escudero<sup>1</sup>

## ***1. Introducción***

Un título tan largo como el que hemos escogido exige una primera labor que no puede ser otra que la explicación de los conceptos que lo constituyen. Y ello no dejaría de chocarnos ya que ninguno de los términos usados, tomados uno a uno, supone dificultad alguna para su comprensión. De hecho forman parte de la conversación cotidiana sin mayores problemas.

Sin embargo la conjunción de dichos conceptos no tiene un sentido claro en tal uso conversacional. Por ese motivo es preciso que esta primera labor que vamos a emprender sea analizarlos de modo filosófico para encontrar un cauce común que no puede ser otro que las ideas desde las que adquiere sentido unir la cooperación con un nuevo orden humanitario.

Vayamos por pasos para dejar claro en qué consiste una labor de explicación conceptual y en qué se diferencia de la que pretende ser filosófica, esto es, acercarse a las ideas. Los conceptos de “cooperación”, “desarrollo”, “orden mundial” y el calificativo de “humanitario” sin duda alguna han sido configurados desde la economía, sociología, historia, geografía, psicología, por no citar más que las esferas técnicas más importantes en las que aparecen todos ellos, aunque en cada una mantengan un sesgo de sentido general, junto con el peculiar que corresponde a los instrumentos de análisis característicos de cada forma de conocimiento.

---

<sup>1</sup>.- Conferencia pronunciada en el “Curso de Cooperación internacional al desarrollo”, en los cursos de verano de la Universidad de Oviedo en colaboración con el Movimiento Asturiano por la Paz en el verano de 1994. Publicamos este texto en recuerdo de nuestro colaborador y amigo recientemente fallecido y aunque el texto ha sido reproducido anteriormente no gozaba de la difusión que en estos momentos le damos. También es cierto que el autor quería actualizarlo y matizarlo aunque creemos que tiene vigencia a pesar de haber sido escrito hace 14 años (Nota de la Redacción).

De esta manera la palabra “cooperación” aparece usada para señalar una confluencia de instancias pecuniarias o de intereses, en economía; compromisos entre grupos humanos, en sociología; colaboración entre gentes agrupadas de modos diversos a lo largo del tiempo, en historia; relaciones entre aldeas, regiones y zonas naturales, en geografía; juegos de implicación entre sujetos varios y comportamientos confluyentes, en psicología.

En todos estos usos podríamos explicar que siempre se trata con ese concepto la participación de sujetos diversos en grado medible y comensurable entre sí, o sea, una participación que puede ser conocida, calculada y correspondida por todos los implicados en ella.

Lo mismo podríamos hacer con los restantes conceptos del título y, en todo caso, nos quedaríamos a la puerta de las ideas necesarias siquiera para entrar en la referencia de esa participación, de esos agrupamientos o de la implicación entre los sujetos dentro de ellos.

Claro que para una explicación de esas características, y no olvidemos que una explicación es lo que en lenguaje paladino se conoce como “dar razón de algo”, hay que llegar al meollo del asunto, a eso que en el léxico aristotélico se contiene en el oscuro vocablo de “esencia”. Con lo que no cabe duda que caemos de inmediato en el dominio instrumental de la filosofía.

Pero más que ir a la caza de esencias hemos preferido dejar tranquilo a Aristóteles, que precisamente se caracterizó por establecer doctrinalmente la necesidad de un orden y de una organización mundial, si cabe; pero también es verdad que, como ha sido manipulado de forma abusiva a lo largo de los siglos, podría influir de manera poco recomendable en eso de pensar en un orden. Es decir, no llegaríamos a nada nuevo en tal orden, y menos aún con lo de humanitario, desde tales perspectivas ya tradicionales y ya también muy gastadas desde otras instancias.

Preferimos acudir a otro procedimiento filosófico, a otro modo de analizar no menos usado que el aristotélico, como es el que trata de encontrar y mostrar cómo funcionan las ideas, para que, al ser vistas en toda la dimensión que alcanzan, nadie pueda denunciar que quien explica se guarda en la manga cartas indebidamente marcadas con esencias añejas.

Esa es la razón por la que, con el fin de evitar pasar por alto la manera en que generalmente se usa el término de “cooperación”, estamos acercándonos a la filosofía para entrar en el universo que se entiende como ámbito de un orden mundial humanitario.

Con ello no pretendemos más que renunciar a recursos imaginarios o a explicaciones (mal llamadas “razones”) pura y exclusivamente figurada; dicho esto con todo el respeto por las creencias y justificaciones propias que cada uno puede utilizar como le viniere en gana, pero sin que sirvan de fundamentos para una conducta cuyas consecuencias resulten imposiciones de nuestro modo de vida e intereses propios.

Y digo esto porque vamos a tener que entrar en una zona tradicionalmente regida desde pretensiones de esta índole a que estamos aludiendo. Vamos a entrar en el ámbito que se suele presentar “iluminado por la caridad”, o mejor por la gracia, ya que así y no de otra manera se ha traducido el griego “kháris”, y San Agustín, alguien más autorizado que yo tanto más en lo que se refiere al mundo de las ideas como a la cristianización de este concepto, lo consideraba lo más apropiado para iniciar adecuadamente cualquier análisis de conductas. Y en primer lugar conviene que nos planteemos la razón de que históricamente sea así; es decir, vamos a ver qué es lo que tiene que ver cooperación, con luz y caridad, o gracia como señalábamos ahora:

Quien tiene la gracia, puede ejercerla, o sea, puede hacer caridad. Ya antes de San Agustín, y a ello él mismo hace referencia, San Pablo había reconocido que “la caridad bien entendida empieza por uno mismo”; claro que de siempre el problema reside en eso de “bien entendida”.

Se suele acotar el espacio de la caridad a partir de allí adonde no llega la justicia, aunque tal forma de emplear esta “iluminación” a la postre sea escasa y poco cristiana, eso es la verdad si reconocemos que conlleva un componente de humillación y de desprecio a los demás; pues no de otra manera con nuestra compasión dejamos patente la incompetencia del prójimo. Tal vez para evitar las consecuencias de este comportamiento tradicional hemos ido a echar mano de las ideas como herramientas; las que el platonismo, el neoplatonismo si es preciso, de San Pablo podía orientar. Sobre todo con la explicación de San Agustín, porque necesitamos proyectar la gracia, para que el discurso se convierta, y no necesariamente como metáfora, en un haz de luz para ver el fundamento de líneas que se cruzan y de unos intereses que, por mucho que se oculten, no parecen difíciles de adivinar.

Veamos, pues, si hacemos visible la meta a la que pretendemos llegar a parar: alguien nos cuenta un chiste y le respondemos “no le veo la gracia”; entonces quedamos impasibles y sólo cuando ese alguien accede a darnos una indicación clave, y nos pone en la onda de referencia, dejamos que se escape nuestra risa porque “ya vemos claro”, pues la verdad es que antes “no habíamos caído”. Es el resultado, sin duda, de tener gracia y de que nos encontramos en la gracia, así que también podemos contar el chiste a los demás, dar todo tipo de explicaciones e incluso justificar el porqué anteriormente nos habíamos quedado a dos velas.

Es la vida que no funciona en la oscuridad de los conceptos. Y no hace falta que saquemos aquello de la caverna y el sol con lo que en su día fue explicado este procedimiento de una manera más literaria.

Simplemente estábamos tratando de poner un sentido etimológicamente adecuado a la palabra “caridad”, y lo intentábamos porque, como ya hemos señalado antes, es precisamente este término el que abarca históricamente, para bien o para mal, el ámbito de la cooperación y del contraste establecido en el denominado orden mundial. Y es el recurso del análisis filosófico (antes habíamos preparado el camino con la “colonización” del espacio mediante las consecuencias que se derivan del sentido habitual de las palabras) el ponernos en relación con el momento en que se aplican los

nombres a las situaciones y a las cosas. Sólo así se llega a la intención de los interlocutores y a comprender hasta dónde querían ir a parar.

Y es precisamente ese funcionamiento encadenado de las cosas lo que entendemos como “orden” ya que funcionar implica una relación en todos los sentidos y direcciones.

Hablar del funcionamiento de las cosas en el mundo implica verle a éste la gracia, o sea: comprender el intrínquilis de la vida, y no imaginar uno a la medida de nuestros intereses. Y también nos obliga a aplicar siempre la caridad, porque eso de la justicia no es otra cosa que reconocimiento de un grupo humano sancionado por escrito, o sea lo que corresponde según la costumbre; que, en cierta medida, aparece escrito en las leyes, y es lo legal, y se puede reclamar mediante las instituciones constituidas al efecto. Si ponemos a la caridad detrás de la justicia, o bien ésta es diferente de aquélla o bien ambas resultan ser la misma cosa; sólo que puede parecer la una más corta que la otra o bien responder cada una de ella a una zona diferente de lo mismo, lo que nos llevaría a preguntarnos ¿cuál es la fuente de iluminación de la justicia?

Parece sin duda que nos estamos moviendo fuera del tema, pero no es verdad. Estamos siguiendo un método filosófico que exige saber a qué atenernos desde un principio y corregir los desvíos para aprender de nuestros errores. Sabemos de antemano que el ámbito en el que nos movemos ha sido diseñado desde lo que se denomina apelación a los buenos sentimientos ante los menesterosos, ante las necesidades humanas que deben ser atendidas por caridad. Y estamos obligados a entender de qué van las cosas sin echar la culpa a nadie en concreto. Por eso aquello de “verle la gracia a algo”, o lo de “iluminar” de la manera más amplia posible no es ningún adorno literario. Veamos algún ejemplo.

El decir cosas como:

*La imposición del consumismo como modelo de desarrollo y horizonte de felicidad es la nueva forma de dominación del Sur por el Norte que nos hace uniformes en lo cultural y desiguales en el disfrute de los derechos.* (Editorial de *Manos Unidas*, 124, julio-agosto 1966).

Sólo puede tener sentido si uno ya ha apagado la bombilla y tiene que jugar con fusibles fundidos, por usar de la iluminación ahora como metáfora. Por eso no tiene gracia eso de Norte-Sur, la censura del consumismo o lo del horizonte de felicidad más que si nos hace ilusión el cliché de lo exótico y entornamos los ojos, no los del alma sino los del cuerpo, ante todo lo que nos rodea situado en el norte, sur, este, oeste y centro.

En lo que sigue vamos a intentar escapar de estas terminologías y condicionamientos. Vamos a entender caridad como cualidad de la gracia, o sea, el saber ver cómo funcionan las cosas, si es que éstas se pueden poner en relación entre sí y constituyen de verdad un sistema de bienestar y sentido. Vamos a evitar entender cooperación como un concepto que se mueva en medio de ideas de lo no medible, de lo incomensurable, del voluntarismo desinteresado o del sacrificio por oscuras e inexplicables razones.

## ***2. Un orden mundial no colonial.***

Muchos dicen que las cosas funcionaban cuando había colonias. Por lo menos funcionaban para el colonizador, ya que esta situación le permitía establecer con seguridad lazos comerciales, propagar estructuras de comunicación y de encuentro ideológico, lavar su conciencia de lo aislada que se encontraba su persona y lo mezquinos y estrechos que eran sus afanes, etc. No hablamos de que le permitía explotar a los colonizados, porque eso sería tanto como reducir la oposición entre dominadores y dominados a la de las relaciones entre la metrópoli y sus colonias y en esos momentos y circunstancias el coro de oprimidos y el modo de vida en general tenían idénticos ribetes por todas partes, pues el supuesto colonizador no era menos egoísta en sus lares.

Por esta razón preferimos quedarnos con la misma idea de dominio, pero transferida al discurso, y así aludiremos a “colonizar” en cuanto da a entender organizar un espacio, es decir, establecer una serie de fuentes de referencia o lugares desde los

que se puede orientar a alguien. Así, por ejemplo, cuando vamos a una ciudad desconocida necesitamos entender su organización, puesto que una ciudad es tanto una fuente de referencias, en relación con un territorio, como un conjunto que contiene las fuentes desde las que establecemos el sentido de todas las cosas. También la colonización de un espacio permite hablar de entidades, de direcciones y de usos o costumbres. En eso consiste lo que denominamos orden y uno tiene que aprenderlo para dar explicaciones de sus movimientos y apetencias, además de llegar a saber cómo moverse dentro de él y a partir de él.

La colonización de un espacio proporciona además los nombres, adjetivos, adverbios, verbos y todas las herramientas de un discurso. El motivo es que tanto los colonizadores como los colonizados se entienden a partir de este orden y desde él organizan su vida, porque están acostumbrados a las mismas cosas y disfrutan de los mismos placeres. Por eso la colonización configura la manera de comportarse y sobre todo da sentido a la forma de pensar.

Y no vale en este caso acudir a imaginaciones fuera de lugar, por mucho que precisamente parezcan las más oportunas, como sería aludir a lo genuino, a lo auténtico, a lo indígena o a cualquier otra denominación de este tipo con el fin de cavar un abismo, si es posible, entre dominadores y dominados; porque, incluso cuando se está hablando de esta diferencia, no queda más remedio que moverse dentro de los mecanismos colonizados y por medio de los recursos de la colonización, ya que, entre otras cosas, la propia necesidad de contrastarlo o de aludir a algo genuino se presenta dentro del orden debidamente amueblado de la colonización.

Cuando cesa esa colonización política, económica, histórica en definitiva, cuando se habla de la emancipación de los antiguos esclavos, sometidos o colonizados, simplemente se hacen cambios políticos y sociales, pero muy difícilmente hay modificación en la colonización del espacio. Más aún, nos atreveríamos a afirmar que el miedo a la libertad recién adquirida lleva, por parte de los que la estrenan, a un afianzamiento en lo único de que se dispone como medio de organización ante el mundo: el orden establecido.

Eso lo sabe el colonizador, que habla de hermandad de creencias, lengua, leyes y costumbres; en la idea de que las necesidades de sus antiguos sometidos van a acrecentarse y de que su antiguo papel de padre se ha convertido en el de patrono o, en lo que es peor, en el de intermediario o guía frente a los demás moradores de su mundo, en absoluto ajenos a tales planteamientos.

Es entonces cuando se habla de humanitarismo, de nuevo orden humanitario, de atender a las necesidades de las nuevas poblaciones e incluso de mala conciencia y de arrepentimiento por la explotación. Es la época del neocolonialismo. Es el momento de los mercaderes, de la propaganda y de la ideología más absoluta.

*¿Cuáles son las diferentes clases existentes en las aglomeraciones urbanas en muchos de los países africanos?* Se pregunta Obotella Lingule, profesor de sociología en la Universidad de Lubumbashi, en el artículo titulado “La realidad de las clases sociales en África”, publicado en la revista *Tiempo de paz*, números 27-28, pags. 10-13; y, mediante la aplicación de un marxismo conceptual, pasa a decir: *Analizaremos la estructura de clases que incluyen: la burguesía extranjera, la burguesía nacional (compradora), la clase obrera y el lumpen-proletariado.*

Sin duda alguna esta clasificación tiene la virtud de acercar espacios, ya que no diferencia al colonizado del colonizador, pero sigue manteniendo --al menos en la denominación ya que a medida que vamos leyendo se aprecia que muchas de esas clases sociales resultan vacías-- un orden de referencia que permite la fácil comprensión y las explicaciones claras a los interesados en prestar su apoyo en esta dirección, a condición de que están familiarizados con semejante léxico y construcciones teóricas. De esta manera el nuevo orden que resulta del proceso de emancipación corre el riesgo de quedarse en el esperado por todos y la atención humanitaria puede verse limitada a casos de necesidades extremas de subsistencia. Otra cosa sería encontrar la gracia suficiente a la situación como para pasar de la compasión al desarrollo, pero de eso hablaremos más tarde.



En esta especificación de nuevo orden se pueden cometer errores de apreciación, sobre todo cuando se toca el punto oscuro y difícil en torno al que gravita su supuesto “humanitarismo”. A saber: la seguridad para sus intereses e inversiones exigida por el país industrializado, que domina no sólo en el aspecto económico mundial sino también en la propia integridad física de los emancipados; o sea, la garantía de que no va a ser trastocado el orden establecido o alteradas las referencias, con el riesgo de que se obstaculice su beneficio o bienestar. Para comprender esto veamos unos párrafos del artículo de Mbuyi Kabunda Badi, profesor de relaciones internacionales de la Universidad de Lubumbashi (Zaire), publicado en el número anteriormente citado de *Tiempo de paz*, pags. 36-47, “Reflexiones sobre el proceso de cooperación-integración en el África subsahariana”:

*Las realidades históricas propias del África subsahariana promueven un cierto acercamiento y una cierta solidaridad entre los negroafricanos, que puede convertirse en una base o factor de integración...Si hoy día existe una alienación cultural, no es la de las masas, que siguen manteniendo su solidaridad sociocultural precolonial y que viven un panafricanismo cultural horizontal, sino la de la minoría constituida por las élites (sic), que aspiran a la occidentalización y se reconocen en la francofonía, la anglofonía, la hispanofonía o la lusofonía.*

Pero basta ya de hablar de un espacio de cooperación difícil de realizar, de un espacio colonizado. Es preciso una liberación de viejas influencias y para ello vamos a retomar el problema de la gracia, de la caridad y de la zona de iluminación en la que, como ya hemos advertido anteriormente, nos estamos moviendo.

### **3. Las líneas de cooperación desde el desarrollo.**

Encontrarle la gracia al asunto, también tiene que ver con la clave del chiste. Aprender a reírse, que no a llorar, es el primer paso para la libertad y el inicio de la aplicación de la filosofía. Uno no se toma en serio a sí mismo. Y la gracia de la cuestión reside precisamente en el espíritu de colonizadores que nos lleva a acercarnos al subdesarrollo lejano, o sea, a aquellos que no han tenido la suerte ni de ser guapos, ni de ser ricos, ni de ser griegos, como decían los atenienses cuando trataban de comprender a los bárbaros, a los que hablaban mal el griego, a los que hacían el ridículo en las olimpiadas, no por no subir al podium sino porque, como no comprendían el “orden

mundial” en esa lengua, no eran capaces de divertirse ni de deleitarse con los poemas o narraciones que se les ofrecían en los espectáculos. No le veían la gracia a nada, estaban sin caridad para sí mismos, o sea, permanecían desorientados, des-graciados para decirlo de una vez.

Ese espíritu tradicional de colonizadores tal vez pueda ser combatido o al menos equilibrado desde la solidaridad, la caridad como compasión o enmascarando necesidades psicológicas más o menos reconocidas; pero lo cierto es que existe ya en la medida en que objetivamos al subdesarrollado como tal, o sea cuando lo ponemos sólo a él en el portales del microscopio y decidimos comprenderlo, con la mejor intención eso sí, pero de la misma manera que haríamos con un gusano o una bacteria.

Así estamos tomando al subdesarrollado en serio.

El chiste consiste en que el supuesto subdesarrollado puede hablar, más o menos libremente, y de manera tímida puede que nos discuta, aunque sea exponiendo a dura crítica su propia persona, lo que le contamos sobre desarrollo, cultura occidental o, para resumir, acerca de las diferencias entre él y nosotros.

En este momento nos obliga a reflexionar, a girar sobre nosotros mismos y a establecer parámetros de análisis. Y ese análisis no hay más remedio que hacerlo buscando una comparación, colocando modelos de referencia. Así que no nos queda entonces otro remedio que aprender cómo eso de la colonización del espacio nos afecta a todos, y cómo el subdesarrollo a lo mejor depende menos del lugar que de la situación en el mundo del trabajo.

Poco a poco nos entra la risa porque ahora ya nos encontramos nosotros mismos, con nuestros principios, ideales e ilusiones, ocupando un lugar en el portaobjetos del viejo microscopio y un guarismo en una escala de puntuación.

Tiene gracia la cosa. Porque desde la iluminación que nos permite el contraste entre las diferentes escalas podemos establecer en primer lugar la caridad, la zona de luz sobre nuestro propio espacio. Luego la podremos proyectar sobre los otros.

Desde el punto de vista tradicional, o sea desde una caridad mal entendida que oscurece mediante prejuicios todo lo que toca se pone en marcha una imagen de orden y estructura mundial, casualmente configurada por todo el conjunto de lugares comunes de nuestros discursos; y de esta manera no queda sitio para que nadie se atreva a exponer un punto de vista distinto al que mantiene el que habla o se dirige a los demás. En ese caso no hay más gracia que la suya y, desde luego, se comprende muy poco de todo lo que no coincida con semejante modo de ver las cosas.

Si partimos de tales supuestos, repetimos, comenzamos por establecer una diferencia de “mundos”, seguimos el discurso metiéndonos en cuestiones comerciales y terminamos dentro del marco de las prioridades económicas o, en el mejor de los casos, intentando acoplar a nuestro régimen de vida, y sin duda a nuestros intereses, todo lo que nos parece “fuera de lugar”, “desordenado” y “atrasado”; ya que nosotros constituimos el único modelo que debe mirarse, pues no cabe la menor duda de que alguno tiene que haber.

La cuestión de la gracia, de la caridad y de la iluminación ha comenzado de hecho simplemente cuando les han prestado un foro de expresión a países “en vías de industrialización”, aunque éste se tratase de un medio tan condicionado como son las Naciones Unidas. Así, desde estas voces nuevas en ese cosmos “caritativo” a modo tradicional, aparecen instrumentos novedosos como son los índices de medida y de comparación en los que no hay modelos predeterminados sino que se valora a todos los países por igual.

Por ejemplo en esa línea tenemos el IDH, o Índice de Desarrollo Humano, que se empieza a construir desde 1990, y que “combina los indicadores correspondientes a esperanza de vida, educación e ingresos”. “Para cada uno de sus componentes, el IDH examina los datos a fin de determinar el valor mínimo actual --por ejemplo para

esperanza de vida (42.0 años en Sierra Leona)-- y el valor deseable máximo (78.6 años en Japón). Luego toma la distancia recorrida por cada país desde el mínimo hasta el máximo (expresada como porcentaje) como base para poder combinar este indicador con los demás.

La diferencia estriba en que nos encontramos con un punto de partida, que podemos comparar sin duda, pero sobre todo con unas proporciones de valoración de las que nadie queda excluido. O también podemos establecer una comparación del IDH a través del tiempo, ya que se dispone de datos que permiten hacer cuadros más o menos fiables tomando como referencia el año 1970: de esa manera desde 1970 hasta 1990 tenemos veinte años que nos permiten fijar un porcentaje de diferencia en donde queda reflejado el esfuerzo y la capacidad de atención que se pone en estos diferentes países, puesto que no se trata sólo de cuestiones económicas sino fundamentalmente de condiciones de vida. Es evidente que en el IDH encontramos una clave para verle la gracia a las cosas y para enfocar un nuevo y distinto orden mundial, si cabe, y, precisamente en esto reside lo más chocante del planteamiento: se trata de una aportación promovida desde los países en vías de desarrollo, desde la cual es posible ejercer una crítica sobre la eficacia del Banco Mundial, de la propia ONU y de todos los mecanismos tradicionales de “caridad” como forma de compasión. Sin duda es una muestra de que hay mucho que enseñar a los demás, a los países ricos y poderosos; sobre todo a reírse de sí mismos.

Un paso más en esta dirección es el modo de situación en un ambiente; es decir, cómo determinar la índole de los movimientos y trayectorias que una persona en su actividad ejerce en el entorno y a los que éste responde. Lo que tradicionalmente se entendía como actividad de las potencias del alma y, por hablar de modo más llano, del reino de la libertad. Preguntas como ¿soy libre?, ¿cuáles son los límites de mi libertad? o sobre mis movimientos y los de los otros, en cuanto no condicionados necesariamente, siempre eran respondidas en líneas generales o de manera grandilocuente o eran eludidas diciendo que vivíamos en el mejor de los mundos posibles. Pero, y ahí vuelve a estar la gracia, ahora resulta que los países en vías de desarrollo demuestran que se puede responder a esas cuestiones simplemente con números, midiendo. Así en el

*Informe* correspondiente al año 1992 aparecía el denominado ILP, Índice de Libertad Política, construido a partir de cinco ámbitos de medida que son: seguridad personal, imperio de la ley, libertad de expresión, participación política e igualdad de oportunidades. Cada uno de estos ámbitos opera mediante varios parámetros, como por ejemplo dentro de la seguridad personal en donde se cuentan y miden casos de arrestos y detenciones arbitrarias, de torturas o tratamientos crueles, de asesinatos arbitrarios y de desapariciones. El ILP permite luego la combinación con el IDH, a que antes nos hemos referido, y resulta un cajón de sorpresas aplicado a los países ricos.

Un tercer ejemplo de gracia y de caridad lo encontramos en el *Informe* de 1995. Y conviene que nos demos cuenta de que la iluminación a que aludíamos al comienzo está cambiando de procedencia y de dirección, si bien en la medida en que lo logra su foco se hace más amplio y permite abandonar las zonas de sombras históricas: el IDH y el ILP, que nos enseñan a situarnos en un orden distinto mucho más realista, son un ejemplo de caridad que procede de los países en vías de desarrollo, con el que se puede encontrar la gracia a las cosas, y en ello estamos todos, pero ya no se trata de la compasión despectiva y llena de prejuicios con la que se pretendía “desarrollar” y explotar a todo el género humano.

Pues bien, y ya que hablamos del género humano, este tercer ejemplo que se nos brinda viene configurado ya en la propia portada de dicho *Informe* en la que la imagen de un cuadrado dividido en dos rectángulos muestra una distinta situación social para las mujeres y para los hombres en las distintas sociedades. Sin duda en los países en vías de desarrollo los triángulos son más desiguales y las líneas divisorias marcan una clara diferencia. Pero no por ello deja de ser cierto el que el triángulo se mantiene asimismo en los países ricos, desarrollados y antiguos “modelos” de superioridad. Esa imagen muestra simplemente que no se puede hablar todavía desde el género humano como unidad y sujeto, ya que se sigue estableciendo diferencias por razón del sexo para ejercer un papel, una función, un trabajo y unos derechos en la sociedad.

Hemos de reconocer que la verdadera labor de la caridad, que empieza por uno mismo sólo cuando quien la ejerce es de un país en vías de desarrollo y nos enseña a

medir sin prejuicios, consiste en encontrarle la gracia al esfuerzo en la calidad de vida mediante el IDH, a la libertad de movimientos mediante el ILP y a la conciencia del ser humano mediante la imagen de las diferencias de sexo.

Por eso comenzamos diciendo que para la cooperación al desarrollo y la determinación de un nuevo orden mundial teníamos que servirnos de la filosofía que nos proporciona las herramientas pertinentes para analizar viejos conceptos y poder destruir antiguos prejuicios históricamente oscurecedores de cualquier consideración.